

Coseta no habia tenido madre. No habia tenido sinc muchas madres, en plural.

Por lo que hace á Juan Valjean, reuníanse en él, es verdad, todas las ternuras á la vez, y todas las solicitudes; pero no era sino un viejo, que no sabia nada absolutamente.

Ahora bien, en esta obra de la educacion, en este grave asunto de la preparacion de una mujer á la vida, ¡cuánta ciencia no se necesita para luchar contra esa grande ignorancia que se llama la inocencia!

Nada prepara tan bien á una jóven para las pasiones como el convento. El convento vuelve el pensamiento hácia el lado de lo desconocido. El corazon, replegado en sí mismo, se hiende, no pudiendo abrirse, y se profundiza, no pudiendo dilatarse. De aquí provienen las visiones, las suposiciones, las conjeturas, novelas bosquejadas, aventuras anheladas, construcciones fantásticas, edificios contruidos por entero en medio de la oscuridad interior del espíritu, sombrías y secretas moradas en las cuales encuentran las pasiones en seguida donde anidarse, desde el momento en que, atravesada la verja, las es permitido entrar. El convento es una compresión que para triunfar del corazon humano debe durar toda la vida.

Al salir del convento, Coseta no podia encontrar nada más apacible y más peligroso que la casa de la calle de Plumet. Era la continuación de la soledad con el principio de la libertad; un jardin cerrado, pero una naturaleza áspera, rica, voluptuosa y odorifera; los mismos sueños que en el convento, pero los jóvenes dejándose entrever; una verja, pero que daba á una calle.

Sin embargo, lo repetimos, cuando ella entró en esta casa, no era aún sino una niña. Juan Valjean la confió aquel jardin inculto. — Haz de él lo que quieras, la decia. Aquello divertia mucho á Coseta; ella se entretenia en

remover todas las espesuras y todas las piedras, buscando por allí « bichitos; » y pasaba el tiempo jugando, mientras que la llegaba la época de pasarle soñando; la gustaba mucho el jardin, á causa de los insectos que allí encontraba bajo sus piés, entre la yerba, hasta tanto que la agradara más bien por las estrellas que allí viera al traves de las ramas, encima de su cabeza.

Y despues, ella amaba á su padre, es decir á Juan Valjean, con toda su alma, con una sencilla pasion filial que la hacia del buen anciano un compañero siempre deseado y agradable. El lector recordará sin duda que el señor Magdalena leia mucho; Juan Valjean habia continuado la misma costumbre, de modo que habia concluido por tener una conversacion variada, amena é instructiva; poseia la secreta riqueza y la elocuencia de un alma humilde y veridica que se ha cultivado espontáneamente. Habiale quedado á lo justo la suficiente aspereza para sazonar su bondad; era un espíritu rudo y un corazon dulce y apacible.

En el Luxemburgo, en sus conversaciones á solas, la hacia él largas explicaciones de todo, recurriendo en su memoria á lo que habia leido, y tambien á lo que habia él pasado y sufrido. Mientras que le escuchaba, los ojos de Coseta divagaban errantes.

Aquel hombre sencillo bastaba al pensamiento de Coseta, á la manera que aquel jardin salvaje bastaba á sus ojos. Cuando ella habia perseguido mucho á las mariposas, se acercaba despues á él sofocada, y le decia: — ¡Ah! cómo he corrido! Y él la besaba en la frente.

Coseta adoraba á aquel buen anciano. Ella le seguia por todas partes. Allí donde estaba Juan Valjean estaba la dicha para ella. Como Juan Valjean no habitaba el pabellon, ni el jardin, más se distraia ella en el patio interior empedrado que en el cercado lleno de plantas y flores, y

en el cuartito amueblado con sillas de paja que en el gran salón colgado de tapices donde se respaldaban magníficos sillones de terciopelo. Á veces la decía Juan Valjean, sonriendo de la dicha de verse importunado: — ¡ Anda y vete á tu casa ! ¡ déjame, pues, solo algun tiempo !

Ella solía hacerle de esos dulces y tiernos regañones que tienen tanta gracia remontando de la hija al padre.

— Padre, tengo mucho frío en su casa de usted; ¿ por qué no pone usted aquí una alfombra y una estufa ?

— ¡ Querida hija mía, hay tantas gentes que valen más que yo, y que no tienen siquiera un techo sobre sus cabezas !

— ¿ Pues entónces, por qué hay lumbre y todo lo que es menester en mi casa ?

— Porque tú eres una criatura, y una niña.

— ¡ Vaya ! ¿ Conque así los hombres deberán tener frío y estar mal ?

— Ciertos hombres.

— Está bien, yo vendré aquí tan á menudo, que se verá usted obligado á hacer que le enciendan lumbre.

También le decía :

— ¿ Padre, por qué come usted un pan tan malo como ese ?

— Porque sí, hija mía.

— Pues bien, si usted le come, también le comeré yo.

Entónces, para que Coseta no comiera pan bazo, Juan Valjean comía pan blanco.

Coseta no recordaba sino confusamente su infancia. Por la mañana y por la noche rezaba siempre por su madre, á quien ella no había conocido. Los Thénardier la habían quedado grabados en la memoria como dos figuras horribles, en el estado de sueño. Acordábase de que había ido « un día, por la noche » en busca de agua á un Losque. Creía ella que todo esto había sucedido muy lejos de París. Parecíala que había comenzado á vivir en un abismo, y

que Juan Valjean era quien la había sacado de él. Su infancia, tal cual se la representaba su imaginación, la producía el efecto de un tiempo en que no había en derredor de ella sino cientopiés, arañas y culebras. Cuando por la noche se ¡ onía á cavilar y á soñar, ántes de dormirse, como no tenía ella una idea muy neta de que fuese hija de Juan Valjean y de que él fuese su padre, se imaginaba que el alma de su madre había pasado á aquel buen hombre y había venido á vivir bajo aquella forma junto á ella.

Cuando él estaba sentado, apoyaba ella su mejilla sobre su cabellera blanca, y dejaba caer en esta silenciosamente una lágrima diciendo: ¿ Quizas este hombre es mi madre ?

Aunque parezca extraño enunciar estas cosas, es indudable que Coseta, en su profunda ignorancia de niña educada en un convento, siendo por otra parte la maternidad absolutamente ininteligible á la virginidad, había concluido por figurarse que ella había tenido tan poca madre como era posible tener. Esta madre era un sér tan escondido á su propio conocimiento, que ni siquiera sabía ella su nombre. Cada vez que la ocurría el preguntárselo á Juan Valjean, Juan Valjean guardaba el mayor silencio. Si ella repetía su pregunta, respondía él con una sonrisa. En cierta ocasión que la niña insistió, la sonrisa de Juan Valjean acabó por una lágrima.

Este silencio de Juan Valjean cubría á Fantina con el velo de una noche profunda.

¿ Era esto prudencia ? ¿ era más bien respeto ? ¿ era acaso temor de entregar aquel nombre á los azares de otra memoria que la suya ?

Mientras que Coseta había sido niña, Juan Valjean había hablado de su madre con el mayor gusto ; pero cuando llegó ya á ser mocita, le fué imposible hacerlo. Parecíale que no tenía valor para ello. ¿ Era esto por causa de Coseta ? ¿ Era tal vez por causa de Fantina ? Experimentaba él una especie

de horror religioso en hacer que entrase aquella sombra en el pensamiento de Coseta, y en colocarla como un tercer término en sus destinos. Cuanto más sagrada era para él aquella sombra, tanto más formidable le parecía. Pensaba en Fantina, y se sentía silenciosamente abatido. Veía de un modo vago en las tinieblas alguna cosa que parecía un dedo sobre una boca. Todo aquel pudor que había existido en Fantina y que, durante su vida, la había abandonado violentamente, ¿había vuelto acaso después de su muerte á fijarse en ella, á velar, indignado, por la paz de aquella muerta, y severo y huraño, guardarla en su tumba? ¿Sería que Juan Valjean, sin saberlo él mismo, sufriese esa presión? Nosotros, que creemos en la muerte, no somos de los que rechazarían esta explicación misteriosa. De aquí la imposibilidad de pronunciar, aún para Coseta, este nombre de Fantina.

Un día le dijo Coseta :

-- Padre, esta noche he visto á mi madre en sueños. Tenía dos grandes alas. Mi madre en su vida debe haber tocado á la santidad.

— Por el martirio, respondió Juan Valjean.

Por lo demás, Juan Valjean era feliz.

Cuando Coseta salía con él, se apoyaba ella en su brazo, ufana y dichosa, en toda la plenitud del corazón. Á todas estas muestras de una ternura tan exclusiva y tan satisfecha de él solo, Juan Valjean sentía fundirse en delicias su pensamiento. El pobre anciano se estremecía inundado de un gozo angélico; y se afirmaba él, con transportes de placer, que aquello duraría toda la vida; decíase que en verdad él no había sufrido bastante para merecer una dicha tan grande y tan espléndida, y daba gracias á Dios, en las profundidades de su alma, por haberle permitido, á él, miserable, el ser así amado por aquella inocent criatura.

V

LA ROSA SE APERCIBE DE QUE ELLA ES UNA MÁQUINA DE GUERRA

Cierto día se miró Coseta, por casualidad, en un espejo y se dijo : ¡ Vaya ! Casi se figuró que era hermosa. Esto la turbó de un modo singular. Hasta este momento, no había ella pensado nunca siquiera en su rostro. Solía verse en su espejo, pero no se miraba jamás. Y además, la habían dicho muchas veces que era fea ; sólo Juan Valjean decía con bondad : ¡ Nada de eso ! ¡ nada de eso ! De todos modos, Coseta se había creído siempre fea, y había creído en esta idea con la fácil resignación de la infancia. Cuando hé aquí que de improviso su espejo la decía como Juan Valjean : ¡ Nada de eso ! La muchacha no durmió en toda la noche. — ¡ Y si yo fuera bonita ! decía ella para sí, ¡ eso sí que tendría que ver, que fuese yo bonita ! — Y entonces se acordaba de aquellas de sus compañeras cuya hermosura hacía efecto en el convento, y se decía : ¡ Cómo ! ¡ sería yo como la fulanita !

Al día siguiente volvió á mirarse, pero no ya por casualidad, y entró en dudas: — ¿Dónde tenía yo los ojos? dijo entre sí, soy fea. — Y era buenamente que habia dormido mal, estaba muy jerosa y muy pálida. No habia experimentado un placer excesivo la víspera al creer en su hermosura, pero se entristeció bastante al renunciar á esta creencia: ya no volvió á mirarse, y durante más de quince días, trató de peinarse volviéndose de espaldas al espejo.

Por la noche, despues de comer, solia hacer generalmente bordados de tapiceria en la sala ó alguna labor del convento, y entre tanto Jzan Valjean, sentado junto á ella, estaba leyendo. Una vez alzó los ojos de su trabajo, y se halló muy sorprendida de la manera inquieta cómo la miraba su padre.

En otra ocasion, pasaba por una calle, y la pareció que á alguien á quien no pudo ver decia detras de ella: ¡ Bonita mujer! pero mal puesta. — ¡ Vaya! dijo ella para sí, no lo dice por mí. Yo estoy bien puesta y soy fea. — Entonces llevaba ella su gorro de felpa y su vestido de merino.

Por último, un día, se hallaba en el jardin, y oyó á la pobre vieja Toussaint que decia: — ¿ No observa usted, señor, qué bonita se está haciendo la señorita? Coseta no oyó lo que respondió su padre; pero las palabras de la Toussaint produjeron en ella una especie de conmocion. Se escapó del jardin, subió á su habitacion, corrió al espejo, despues de tres meses que no habia vuelto á mirarse en él, y lanzó un grito. Acababa de deslumbrarse á sí misma.

Estaba hermosa y bonita; por consiguiente, no podia menos desear de la opinion de Toussaint y de su espejo. Su estatura se hallaba ya formada, su color habia emblanquecido, su pelo se habia puesto lustroso, un esplendor desconocido habia llegado á encenderse en sus pupilas azules. La conciencia de su belleza le avino por completo, un solo instante, como aparece una gran luz en medio de las tinieblas;

ademas, los otros lo notaban, Toussaint lo decia, evidentemente era de ella de quien el transeunte habia hablado, ya no cabia la menor duda; volvió á bajar al jardin, creyéndose reina, oyendo cantar á las aves, — y era en invierno — viendo el cielo dorado, el sol en los árboles, flores en las breñas, desatinada, loca, en un alborozo inexplicable.

Juan Valjean á su vez experimentaba una profunda é indefinible opresion de corazon.

Y es que, en efecto, hacia ya algun tiempo que contemplaba él con una especie de terror aquella belleza que cada día aparecía más radiante en el delicado rostro de Coseta. Aurora risueña y encantadora para todos, lúgubre y triste para él.

Coseta habia sido hermosa mucho tiempo ántes de que ella lo notara. Pero, desde el primer día, aquella luz inescapable que ascendia lentamente y cubria por grados toda la persona de la jóven, hirió la pupila sombría de Juan Valjean. Conoció él desde luego que aquello era un cambio, una transformacion en una vida feliz, tan feliz, que no se atrevia él á remover nada en ella, temeroso de producir el más leve trastorno. Aquel hombre que habia pasado por todas las aflicciones y por todos los apuros, que aún tenia brotando sangre las heridas que le habia hecho su fatal destino, que habia sido casi malvado y que habia venido á ser casi santo, que, despues de haber arrastrado la cadena del presidiario, arrastraba ahora la cadena invisible, pero pesada, de la infamia indefinida; aquel hombre á quien la ley no habia devuelto su libertad y que á cada instante podia aún ser capturado de nuevo y conducido desde la oscuridad de su virtud á la grande claridad del oprobio público; aquel hombre lo aceptaba todo, todo lo toleraba, lo perdonaba, lo bendecia, todo lo recibia y lo admitia de buen grado, sin pedir á la Providencia, á los

hombres, á las leyes, á la sociedad, á la naturaleza, al mundo, sino una sola cosa, que Coseta le amase !

Que Coseta continuase amándole! Que Dios no impidiera al corazón de aquella niña el venir hacia él y permanecer con él! Amado por Coseta, hallábase él curado, tranquilo, aplacado, satisfecho, recompensado, coronado. Amado por Coseta, se encontraba tan bien ! nada más apetecía en el mundo. Si le hubieran dicho : ¿Quieres estar mejor ? habría respondido: No. Si Dios mismo le hubiera dicho: ¿Quieres el cielo ? habría él respondido: Perdería en aceptarle.

Todo cuanto pudiera tocar ó alterar en lo más mínimo esta situación, aunque sólo fuese en la superficie, le hacía estremecer como el principio de otra cosa. Jamas había sabido él á punto fijo lo que era la belleza de una mujer ; pero, por instinto, comprendía que era una cosa terrible.

Aquella belleza que se mostraba y se ostentaba, más y más cada día, triunfante y ufana, junto á él, á su propia vista, en la ingenua y formidable frente de la niña, desde el fondo de su fealdad, de su ancianidad, de su miseria, de su reprobación y de su abatimiento, la miraba él como azorado y despavorido.

Y se decía : ¡ Qué hermosa es ! ¡ Qué es lo que va á ser de mí !

Por lo demás, en esto consistía la diferencia entre su ternura y la ternura de una madre. Lo que él veía con angustia, lo habría visto una madre con alegría.

Los primeros síntomas no tardaron en manifestarse.

Desde el día siguiente á aquel en que ella se había dicho: ¡ Decididamente, soy hermosa ! Coseta empezó ya á cuidar de sus trajes y tocados con esmero. Se acordó en seguida de la expresión de aquel transeunte: — Bonita, pero mal puesta, — soplo de oráculo que había pasado junto á ella y se había desvanecido después de haber depositado en su corazón uno de los gérmenes que más adelante deben de

llenar toda la vida de la mujer, el arte de agradar, o sea lo que llaman en Francia *la coquetterie*. El otro es el amor.

Con la fe en su belleza, toda el alma femenina principiaba ya á dilatarse en ella. Tuvo horror al merino y á la felpa. Su padre no la había rehusado nunca nada. En seguida supo ella toda la ciencia del gorro, del vestido, de la mantelita, de los cuellos, de las mangas, de las botitas, de la tela que está á la moda, del color que asienta mejor, esta ciencia que hace de la mujer parisiense una cosa tan encantadora, tan profunda y tan peligrosa. La palabra de *femme capiteuse* ¹ ha sido inventada para la parisiense.

En menos de un mes, la señorita Coseta fué en aquella tebaída de la calle de Babilonia una de las mujeres, no sólo más hermosas, lo que ya es algo, sino de las que iban « más bien puestas, » de París, lo que es mucho más aún. Habría querido ella ahora encontrar á « su transeunte de márras » para ver lo que diría, y para « darle una buena lección ! » El hecho es que ella estaba hechicera bajo todos conceptos, y que distinguía maravillosamente un sombrero de Gérard de un sombrero de Herbaut.

Juan Valjean consideraba estos estragos con ansiedad. Él que conocía bien que no podría jamás hacer otra cosa que arrastrarse por el suelo, andar cuando más, veía ya con alas á Coseta !

Por lo demás, sólo á la simple inspección de la *toilette* de Coseta, habría conocido en seguida una mujer que no tenía ella madre. Coseta no se cuidaba de observar ciertas convenciones especiales, y ciertas pequeneces exigidas por el decoro en las jovencitas de su edad. Así, por ejemplo, una madre la habría dicho que una joven no debe vestirse nunca de damasco.

El primer día que Coseta salió con su vestido y su pelisa de damasco negro y con su gorro de gasa blanca, se

¹ Mujer embriagada.

acercó á tomar el brazo de Juan Valjean, alegre, radiante, rosada, ufana, deslumbradora. — Padre, dijo, cómo me halla usted así? Juan Valjean respondió con una voz temblorosa, que parecía la amarga voz de un envidioso: — Bellísima! — En el paseo estuvo él como de ordinario. Al volver á entrar en casa, preguntó á Coseta:

— Es que no volverás ya á ponerte el vestido y el sombrero que llevabas ántes?

Estó pasaba en el cuarto de Coseta. Volvióse ella hácia la percha del guardaropa donde estaba colgado su modesto traje de colegiala y dijo:

— Ese disfraz! Padre, qué quiere usted que yo haga de eso? ¡Oh! ni pensarlo siquiera, jamás volveré yo á ponerme tales horrores! Con ese caldero en la cabeza, parezco una madama Chien-fou.

Juan Valjean suspiró profundamente.

Desde este día, observó él ya que Coseta, quien otras veces solicitaba generalmente quedarse en casa, diciendo: Padre, me divierte más estar aquí con usted, procuraba ahora ya siempre salir. En efecto, de qué sirve tener una cara bonita y un traje delicioso, si no sale á lucirlos?

También notó él que Coseta no tenía ya la misma afición al patio interior. Gustábala más ahora ir al jardín, donde se paseaba con mucho agrado por delante de la verja. Juan Valjean, con el más severo enojo, no ponía los piés en el jardín, quedándose en el patio interior, como el perro.

Con haber llegado á conocer que era hermosa, Coseta perdió la gracia de ignorarlo; gracia exquisita y preciosa, pues la belleza realzada por el candores una cosa inefable; no habiendo nada tan adorable como una inocencia deslumbradora que marcha llevando en su mano, sin saberlo, las llaves de un paraíso. Pero lo que ella perdió en gracia ingenua, lo ganó en formales y reflexivos encantos. Pene-

trada de las alegrías de la juventud, de la inocencia y de la belleza, toda su persona respiraba una melancolía espléndida.

En esta época fué cuando Marius, despues de haber transcurrido seis meses sin ir al Luxemburgo, volvió á este paseo y la encontró de nuevo.

VI

LA BATALLA COMIENZA

Hallábase Coseta en su sombra, como Marius en la suya, enteramente dispuesta á la combustion. El destino, con su paciencia misteriosa y fatal, iba aproximando lentamente uno á otro aquellos dos seres lánguidos y desfallecidos, plenamente cargados de las borrascosas electricidades de la pasion, aquellas dos almas que llevaban el amor como dos nubes llevan el rayo, y que debian abordarse y confundirse en una mirada como las nubes en un relámpago.

Háse abusado tanto de la mirada en las novelas de amor, que se ha acabado por desconsiderarla. Apénas se atrevería ahora nadie á decir que dos seres se han amado porque se han mirado, y sin embargo, así es como se ama, y únicamente de ese modo. Lo demas son las consecuencias, y estas vienen despues. No hay nada más real y positivo que los grandes sacudimientos que se dan dos almás al cambiar esa chispa.

En el mismo instante en que Coseta lanzó, sin saberlo, aquella mirada que turbó á Marius, Marius estaba muy léjos de pensar que él tambien tuvo una mirada que turbó á Coseta.

Él la hizo el mismo mal y el mismo bien.

Hacía ya mucho tiempo que ella le veía y le examinaba como las niñas examinan y ven, mirando á otra parte. Todavía Marius hallaba á Coseta fea, cuando ya Coseta hallaba á Marius hermoso. Pero como él no hacía caso de ella, aquel jóven la era de todo punto indiferente.

Sin embargo, ella no podia ménos de decirse que él tenía buen pelo, hermosos ojos, bonita dentadura, un metal de voz agradable, cuando le oía hablar con sus compañeros; que andaba sin llevar un porte airoso y elegante, si se quiere, pero con cierta gracia peculiar á él; que segun parecia no era nada tonto, que toda su persona era noble, afable, sencilla y altiva; y por último, que tenía trazas de ser pobre, pero que parecia un buen muchacho.

El dia en que sus ojos se encontraron y se dijeron por fin bruscamente esas primeras cosas oscuras é inefables que la mirada expresa como de un modo balbuciente, Coseta no comprendió nada al principio. Volvió á entrar, cavilosa y pensativa, en la calle del Oeste, donde Juan Valjean, segun su costumbre, habia venido á pasar seis semanas. Al dia siguiente, al despertar, se acordó de aquel jóven desconocido, indiferente y frio hacía tanto tiempo, pero que parecia que ahora fijaba ya en ella su atencion, mas estuvo ella muy léjos de imaginar que esta atencion la fuese grata. Al contrario, abrigaba un poco de ira contra aquel bello desdenoso. Un fondo de guerra se removió más bien en ella. Se la figuraba, y esto la hacía experimentar una alegría enteramente infantil aún, que al fin iba á vengarse de él.

Persuadida ya de que era hermosa, conocia ella, aun-

que de una manera indistinta, que poseía un arma. Las mujeres juegan con su hermosura como los niños con su navajita, hiriéndose en ella.

Nuestros lectores recuerdan sin duda las hesitaciones de Marius, sus palpitaciones, sus terrores. Permanecía sentado en su banco, sin atreverse á acercarse adonde ella estaba. Esta manera de conducirse irritaba mucho á Coseta. Un día dijo ella á Juan Valjean: — Padre, vamos á pasear un poco hácia ese lado. — Viendo que Marius no iba hácia ella, ella fué hácia Marius. En tales circunstancias, toda mujer se parece á Mahoma. Y despues, cosa extraña, el primer síntoma del verdadero amor en un jóven, es la timidez; y en una jóven, es la osadía. Esto es una cosa que causa admiracion, y sin embargo, nada es más sencillo. Son los dos sexos que tienden á acercarse y que para ello toman las calidades el uno del otro.

Aquel día, la mirada de Coseta volvió loco á Marius, y la mirada de Marius puso á Coseta temblorosa. Marius se fué de aquel sitio confiado, y Coseta se fué llena de inquietud. Á partir de este día, se adoraron.

Lo primero que experimentó Coseta fué una tristeza confusa y profunda. Parecíala que, en pocas horas, su alma se había ennegrecido. Ya ella no la conocía. La blancura del alma de las jóvenes, que se compone de frialdad y de alegría, se asemeja á la nieve. Se derrite en presencia del amor, que es su sol.

Coseta no sabía lo que es amor. Jamas había oído ella pronunciar esta palabra en el sentido terrestre. En los libros de música profana que entraban en el convento, la palabra *amor* estaba reemplazada por la palabra *tambor* ó *temblor*. Esto daba ocasion á ciertos enigmas que ejercitaban la imaginacion de las *grandes*, como: *¡ Ah! cuán grato es el tambor! ó bien: ¡ La piedad no es un temblor!* Pero Coseta había salido del convento demasiado niña

aún para que se hubiera preocupado ella mucho de las cuestiones del « temblor » ó del « tambor. » Por consiguiente, no habría sabido qué nombre dar á lo que ahora experimentaba. ¿ Pero está uno acaso ménos enfermo por ignorar el nombre de su enfermedad ?

Amaba ella con tanta más pasión, cuanto que amaba con ignorancia. No sabía si aquello era bueno ó malo, útil ó peligroso, necesario ó mortal, eterno ó pasajero, permitido ó prohibido; ella amaba, y nada más. La habrían causado grande extrañeza si la hubieran dicho: ¿ No duerme usted? ¡ pero si eso está prohibido! ¿ No come usted? ¡ pues hace usted muy mal! ¿ Tiene usted opresiones y palpitaciones de corazón? ¡ eso no se hace! ¿ Se pone usted encarnada y se vuelve pálida cuando cierto sér vestido de negro aparece en la extremidad de cierta avenida verde y umbria? ¡ eso es una cosa abominable! Ella no habría comprendido ni una sola palabra de esto, y habría respondido: ¿ Cómo es posible que tenga yo culpa ninguna de una cosa en que nada puedo y de la que nada sé?

Sucedió que el amor que se presentó era precisamente el que convenia mejor al estado de su alma. Era una especie de adoracion á distancia, una contemplacion muda, la deificacion de un desconocido. Era la aparicion de la adolescencia á la adolescencia, el ensueño de las noches convertido en novela sin dejar de ser ensueño, el anhelado fantasma realizado por fin y hecho carne, pero careciendo aún de nombre, sin agravio, sin mancilla, sin exigencia y sin defecto, en una palabra, el amante lejano y que permanece en las vagas regiones del ideal, una quimera revestida de una forma. Cualquier otro encuentro más palpable y más cercano habría asustado en esta primera época á Coseta, medio sumergida aún en la densa bruma del claustro, que todo lo abultaba á sus ojos y lo exageraba. Tenia, mezclados y en confusion, todos los

terrores de los niños y todos los terrores de las monjas. El espíritu del convento, del cual se había ella penetrado por espacio de cinco años, se evaporaba aún lentamente de toda su persona, y hacía temblar todo en derredor de sí. En una situación de tal naturaleza, no era un amante lo que á ella la convenía, tampoco la convenía un enamorado, sino una vision. Se puso, pues, á adorar á Marius como una cosa encantadora, luminosa, imposible.

Como la extrema sencillez toca á la extrema coquetería, ella le sonreía con entera franqueza.

Todos los días esperaba impaciente la hora del paseo, encontraba allí á Marius, se sentía indeciblemente dichosa, y creía con sinceridad expresar todo su pensamiento diciendo á Juan Valjean: — ¡Qué delicioso es este jardín del Luxemburgo!

Marius y Coseta se hallaban en la noche el uno para el otro. No se hablaban, no se saludaban, no se conocían; pero se veían, y como los astros en el cielo, separados entre sí por millones de leguas, vivían de mirarse.

Así es como Coseta iba poco á poco convirtiéndose en una mujer y desarrollándose, bella y enamorada, con la conciencia de su belleza y la ignorancia de su amor. Coqueta sobre todo, por inocencia.

VII

A TRISTEZA, TRISTEZA Y MÉDIA

Todas las situaciones tienen sus instintos. La vieja y ete na madre naturaleza advertía sordamente á Juan Valjean de la presencia de Marius. Juan Valjean se estremecía en lo más oscuro de su pensamiento. Juan Valjean no veía nada, no sabía nada, y sin embargo, consideraba con una atención obstinada las tinieblas en las cuales se hallaba envuelto, como si se apercibiera él de alguna cosa que en un lado se estaba construyendo, mientras que, en el lado opuesto, otra cosa se hundía y se desplomaba. Marius, advertido también, y, conforme á la profunda ley de Dios, por esa misma madre naturaleza, hacía cuanto le era posible á fin de sustraerse á las miradas del «padre.» Sin embargo, ocurría que algunas veces le notaba Juan Valjean. Los pasos y gestos de Marius no dejaban de infundir algunas sospechas. Tenía prudencias torpes y temeridades

desmañadas. Ya no venía muy cerca como lo hacía ántes; se sentaba léjos de donde ellos estaban y se quedaba como extático; tenía un libro y hacía como que leía en él. ¿Por qué afectaba estar leyendo? En otro tiempo venía con un frac viejo, pero ahora traía ya todos los días su frac nuevo; no estaba muy seguro de sí también se hacía rizar el pelo, ponía unos ojos muy extraños, y llevaba guantes; en una palabra, Juan Valjean aborrecía con toda su alma á aquel jóven.

Coseta no dejaba adivinar nada. Sin saber á punto fijo lo que ella tenía, experimentaba en realidad el sentimiento de que pasaba por su alma alguna cosa, y que esta cosa era menester ocultarla.

Existía entre el gusto por la toileta que tan de pronto había acometido á Coseta, y la nueva costumbre de plantarse su frac nuevo que había tomado aquel desconocido, cierto paralelismo importuno á Juan Valjean. Tal vez no era todo aquello sino una mera casualidad, sin duda, de seguro, pero una casualidad amenazadora.

Jamás hablaba él una palabra á Coseta acerca de aquel desconocido. Un día sin embargo, ya no pudo contenerse, y con esa vaga desesperacion que arroja bruscamente la sonda en su desgracia, la dijo: — Hé ahí un jovencito que tiene trazas de pedante!

El año anterior, Coseta, niña indiferente, habría respondido: — ¡Oh, no! es bastante agradable. Diez años después, con el amor de Marius en el corazón, habría respondido: — ¡Pedante é insoportable al verle! ¡tiene usted mucha razón! — En el momento de la vida y del corazón en que ella se hallaba, se limitó á responder con una calma suprema: — ¡Aquel jóven!

Como si ella le mirara por la primera vez de su vida.

— ¡Qué estúpido soy! dijo para sí Juan Valjean. Ella no le había notado aún; y yo soy quien se le señala!

¡Oh simplicidad de los viejos! ¡profundidad de los niños!

Aun es esta otra ley de esos tiernos años de sufrimiento y de zozobra, de esas vivas luchas del primer amor contra los primeros obstáculos; la jóven no se deja coger en ningun lazo, el jóven cae en todos. Juan Valjean había comenzado contra Marius una guerra sorda que Marius, con la sublime tontería de su pasión y de su edad, no supo adivinar. Juan Valjean le fraguó una porción de emboscadas; cambió de banco, dejó olvidado el pañuelo, vino solo al Luxemburgo; Marius cayó de cabeza en todos los lazos que él le tendió; y á todos estos puntos interrogante plantados sobre su camino por Juan Valjean, respondía él ingenuamente, sí. Entre tanto Coseta permanecía como murada en su aparente indiferencia y en su imperturbable tranquilidad, de tal suerte, que Juan Valjean llegó á esta conclusion: Ese bobo está perdidamente enamorado de Coseta; pero Coseta no sabe siquiera si existe él en este mundo.

Sin embargo, no por eso dejaba él de tener en su corazón un temblor doloroso. El minuto en que Coseta empezara á amar podía ya sonar de un momento á otro. ¿Acaso no principia todo en este mundo por la indiferencia?

Una sola vez cometió Coseta una falta que le asustó. Levantóse él del banco para marcharse á casa, después de haber permanecido allí sentados como más de tres horas, y ella dijo: — ¡Ya!

Juan Valjean no había discontinuado sus paseos al Luxemburgo, no queriendo hacer nada singular, y sobre todo, temiendo dar el alerta á Coseta; pero durante estas horas tan dulces para los dos enamorados, mientras que Coseta enviaba su sonrisa á Marius embriagado de gozo que no se apercibía sino de esto solamente, y que ahora no veía en este mundo nada más que un rostro radiante y adorado,